

Grupo 14: Género, trabajo y mercado laboral.

TRABAJO Y MATERNIDAD: MUJERES PROFESIONALES DE LOS SECTORES MEDIOS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES.

Lic. Eugenia Zicavo

Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de Buenos Aires. Uriburu 950 6º piso. Cap. Fed.
eugenzicavo@yahoo.com

La presente ponencia aborda algunos aspectos de la relación entre trabajo y maternidad, a partir del análisis cualitativo de entrevistas a mujeres profesionales con hijos de los sectores medios de la Ciudad de Buenos Aires, que se desempeñan en distintas esferas del mundo laboral. Considerando que “el ejercicio maternal de las madres es uno de los pocos elementos universales y permanentes de la división sexual del trabajo” (Birgin, 1991: 251), analizamos este tipo particular de trabajo que puede vincularse con la noción de “trabajo afectivo” (Hardt y Negri, 2004), como una cara del trabajo inmaterial, que juega un papel importante en la reproducción del capital y que a su vez tiene que ver con la producción de afectos, de relaciones sociales y de modos de comunicación entre los niños, en la familia y en la comunidad.

A partir del método cualitativo de entrevistas en profundidad, y tomando en cuenta los aportes teóricos de diversos autores, nos interesa indagar las modificaciones que van sufriendo los modelos asociados a la maternidad entre las mujeres profesionales de clase media que habitan en la Ciudad de Buenos Aires, analizando cómo ciertos mandatos tradicionales entran en tensión con otros modos de ejercer la maternidad, en especial entre las mujeres trabajadoras cuyas profesiones les reportan satisfacciones, tanto en el plano económico como en el de desarrollo individual. Algunas de las preguntas rectoras que guían la ponencia son: ¿Cómo combinan actualmente las mujeres la crianza de sus hijos con sus actividades profesionales? ¿Qué impacto tiene el hecho de ser madres en sus carreras? ¿Y su desempeño laboral en su universo afectivo familiar y su relación de pareja? ¿Cuáles son las estrategias individuales y familiares de estas madres?

Comenzaremos explorando ciertos aspectos de la relación entre maternidad y trabajo refiriéndonos, por un lado, al trabajo que las mujeres profesionales llevan a cabo dentro del ámbito hogareño -tanto al cuidado de sus hijos como en tareas de reproducción de la vida cotidiana (trabajo inmaterial)- y, por el otro, al trabajo remunerado (trabajo productivo) que pueden desempeñar dentro o fuera de sus hogares. Nos interesa examinar los vínculos que estas mujeres tienen con el universo laboral en general y rastrear las modificaciones que van sufriendo los modelos maternos, considerando de qué manera los mandatos tradicionales entran en tensión con otros modos de ser madre, en especial entre las mujeres cuyas profesiones les reportan satisfacciones, tanto en el plano económico como en el de su desarrollo individual y subjetivo.

El desempeño laboral de las mujeres ha dado lugar a nuevas formas de ejercicio de la maternidad. Dependiendo del tipo de trabajo que realicen (de tiempo parcial o completo, fuera o dentro de sus casas, con horarios fijos o flexibles) también se modifican los modos de relación con sus hijos. El tipo de madre dedicada con exclusividad al ámbito de lo privado, un modelo que las clases medias supieron adoptar durante varias generaciones, actualmente entra en contradicción con los tiempos, deseos y responsabilidades de las madres que trabajan, en especial de aquellas con una vida profesional exitosa. En relación a las mujeres con formación terciaria o universitaria que ejercen las profesiones para las cuales estudiaron por impulso vocacional, o de quienes se desempeñan con éxito en los negocios, el trabajo es – además de una importante fuente de ingresos para ellas y/o sus familias- un espacio de satisfacciones, que compite con las tradicionales “obligaciones maternas”. Para las mujeres que disfrutan de sus trabajos, de su vocación, de su vida profesional y de los logros que ésta les reporta tanto a nivel material como simbólico, en términos de prestigio y reconocimiento, la maternidad no es un proyecto de vida “total”, en el sentido de que anule a los demás proyectos vitales. Así como difícilmente un varón se replantee su vocación o trabajo por el hecho de tener hijos, éstas mujeres aspiran a compatibilizar ambas tareas. Sin embargo, el imaginario de la maternidad a tiempo

completo, o al menos como prioridad libidinal, sigue vigente y las mujeres experimentan una sensación ambigua en relación a sus “labores de madre”.

Solé y Parella (2004) analizaron los factores materiales (barreras profesionales a la promoción) e ideológicos (naturalización de roles familiares tradicionales, presupuestos acerca de la maternidad) que condicionan la vivencia de la maternidad con actividades profesionales especialmente exigentes y absorbentes en términos de formación y dedicación -basadas en la competencia profesional, la eficacia y la disponibilidad, tanto horaria como geográfica- que sitúan a estas mujeres como transformadoras del sentido de la maternidad en nuestros días. “Si bien sus prácticas cotidianas rompen con el modelo de la “maternidad intensiva” y se encaminan hacia formas de maternidad “compartida” y menos presencial, el peso del imaginario de la “maternidad intensiva” sigue generando frustración y ambivalencia en unas mujeres que no están dispuestas a ver menguar su carrera profesional; pero a las que, al mismo tiempo, les gustaría poder dedicar mayor atención a sus hijos. Todo ello, enmarcado dentro de la falta de corresponsabilidad masculina en la esfera reproductiva, causante de que estas mujeres perciban que es su calidad de vida la que se deteriora y no la de sus cónyuges, con la llegada de los hijos. Para ellos, ser “padres” y seguir una trayectoria profesional “exitosa” se plantea como algo compatible, que no implica renuncias ni a nivel práctico ni a nivel simbólico”. (Solé y Parella, 2004: 69)

A pesar de que actualmente no existe un modelo único de maternidad, el presupuesto instalado es que, para las madres, lo más importante son (o deberían ser) sus hijos. Lo han repetido durante generaciones: “dejé todo por mis hijos” fue la muletilla coreada por muchas de las mujeres que antecedieron a las madres actuales, incluso aquellas que décadas atrás habían comenzado a integrarse en el mundo laboral. Las trayectorias laborales trucas han sido una constante para buena parte de las mujeres que hicieron propias las oportunidades de un modelo de cambio que las incluía en esferas sociales que hasta entonces les habían sido obturadas, pero que luego se decidieron por el modelo de sus propias madres: se quedaron en su casa, cuidando a sus hijos, a pesar de los estudios cursados y los años trabajados.

Actualmente las mujeres que no desean descuidar su vida profesional a consecuencia de la maternidad se encuentran en una encrucijada. Los hijos pueden ser una fuente de satisfacciones afectivas pero, sobre todo para las mujeres que tienen carreras exitosas, difícilmente puedan suplir las gratificaciones que obtienen en tanto profesionales: sencillamente, son ámbitos separados y en ambos casos irrenunciables. Sin embargo, el modelo tradicional de la madre en el hogar continúa operando en el imaginario de las mujeres. La impresión de no cumplir del todo bien su rol materno aparece en los discursos de algunas de las entrevistadas:

“Tiene que ver también mucho con el desarrollo profesional de la mujer y con la exigencia que ese desarrollo profesional te genera en cuanto a tiempo, tener un hijo y trabajar implica mucha habilidad como para poder congeniar los tiempos para tus hijos y la carrera, también sin sentirte culpable. Porque yo lo que veo es que también, las mujeres que hacen las dos cosas están en el trabajo y están pensando en que no están dedicándole todo el tiempo a sus hijos y cuando están con sus hijos están pensando que tienen cosas del trabajo”. (E20)

“Tu vida cambió de repente, porque no dormís, porque no sabés, porque no entendés, porque tenés mucha exigencia y no te sale todo fácil y como antes, porque te sentís insegura y es algo que de repente no va a cambiar, porque te sentís feliz, porque te sentís culpable de sentirte insegura y te sentís angustiada. Entonces son un montón de cosas. Tenés un bebé que te demanda al cien por cien, no tenés más autonomía. Pero ese no es el tema, a alguna le puede pegar por ahí, a mí me pegaba porque yo no era perfecta y me sentía culpable por eso”. (E 9)

El sentimiento de culpa es una constante que aparece en los discursos de las entrevistadas, que intentan conciliar maternidad y trabajo sin por ello dejar de lado aspectos importantes de su vida en pos de sus hijos. Además, según acuerdan, esta preocupación por conciliar el ámbito familiar con el laboral no es compartida por sus

parejas, que compatibilizan sin problemas ambos roles. El padre que sólo está diariamente un par de horas con sus hijos y les dedica a ellos el fin de semana es una figura absolutamente avalada culturalmente. Sin embargo, el amor incondicional materno está asociado a la renuncia, al altruismo, como si para ser buenas madres las mujeres tuvieran que resignar algo de sí, empezando por el trabajo (en especial si “no lo necesitan”, si su salario no es indispensable para la supervivencia económica familiar). En este sentido, las mujeres que optan por dejar a sus hijos a cargo de niñeras para poder ejercer su profesión, cuestionan el ideal de maternidad a tiempo completo, en especial aquellas que “salen a trabajar”, no por necesidad económica, sino por satisfacer un deseo personal. ¿Qué vocación puede ser más fuerte que la materna? ¿Qué más atractivo que quedarse en casa cuidando de su hijo pudiendo hacerlo? La respuesta de que la vida profesional es una fuente importante de satisfacciones más allá del aspecto económico (que no obstante puede verse resentido a mediano plazo si la mujer se aparta durante mucho tiempo de su trabajo) entra en franca contradicción con la ideología de la maternidad como vocación suprema y excluyente. Por otra parte, el modelo de la madre *full time* cuya prioridad absoluta son los hijos es más bien reciente en términos históricos. El modelo de amor materno, tal como lo conocemos en la actualidad, es el resultado de ideas relacionadas con la infancia y del nuevo estatuto que fueron cobrando los niños al interior de la familia, que sólo se afianzó a partir del siglo XIX, cuando el amor maternal se difundió como factor central para el buen desarrollo de los niños y se fue instalando socialmente un paradigma de maternidad de dedicación *completa*. Si bien entre las mujeres de los sectores pudientes el trabajo asalariado no formaba parte de sus expectativas ni obligaciones, tampoco hasta entonces se habían desempeñado como madres de tiempo completo sino más bien por el contrario. Las nodrizas, niñeras y educadores eran figuras habituales y las mujeres se desenvolvían tanto en el ámbito privado como público más como esposas que como madres. Eran más bien paridoras, esposas procreadoras, pero no necesariamente criadoras, al menos no como entendemos actualmente la dedicación materna a la crianza de los hijos.

Cuando el control de la natalidad se fue extendiendo y la expectativa de vida fue creciendo, las familias numerosas se hicieron cada vez más infrecuentes al tiempo que las mujeres recibieron un mensaje unívoco: debían criar hijos *con amor*. Según el nuevo

mandato, las madres debían encargarse personalmente de sus hijos *todo* el tiempo porque la maternidad ya no era significada como la obligación de darle herederos a su marido y continuar el linaje, sino como un rol placentero: los hijos como la fuente de pequeñas alegrías cotidianas. El hecho de que la sexualidad haya podido desvincularse de la reproducción y que la maternidad pasara a ser el resultado de una opción también generó un nuevo modelo materno, de apuesta a la “felicidad”: como ya no se trataba de una imposición, la maternidad debía ser vivida con plena satisfacción, como una fiesta. “Los hijos son deseados por las alegrías del placer paternal que se espera que brinden, un tipo de alegría que ningún otro objeto de consumo, por más sofisticado que sea, puede ofrecer” (Bauman, 2005: 64). Como consecuencia de este nuevo modelo, que podríamos llamar de “felicidad obligatoria”, las mujeres que no experimentan a través de la maternidad tamaña exaltación, comienzan a cuestionarse (y ser cuestionadas) en su función de “buenas” madres. Como la maternidad pasó a ser producto de la voluntad y el deseo, las mujeres quedaron bajo la órbita de un nuevo mandato: el amor debía ser el resultado inmediato de dicha apuesta. “En realidad, la contradicción nunca fue mayor. Porque abandonamos el instinto en provecho del amor, pero conservamos en éste las características de aquel. En nuestro espíritu, o antes, en nuestro corazón, continuamos pensando al amor materno en términos de necesidad. Y a pesar de las intenciones liberales, vemos siempre como una aberración, o un escándalo, a la madre que no ama a su hijo”. (Badinter, 1985: 21).

La privatización y psicologización de la función materna se fue afirmando y, especialmente durante la segunda mitad del siglo XX, el amor materno comenzó a ser exaltado a la vez como valor “natural” y social. Que la maternidad, feliz y amorosa, se instalara como valor supremo en el imaginario social podría pensarse como una reacción tanto a la vocación de las mujeres de intervenir en la vida política, como a su indudable interés de participación en lo público, con su ingreso al mundo del trabajo. Los mandatos sociales operan sobre las subjetividades individuales y el “culto a la maternidad” comenzó a demandar madres “full time” precisamente cuando las mujeres más habían logrado escalar en el espacio público, lo cual entraba en tensión con su desarrollo en otros ámbitos de realización.

¿Familia vs. trabajo?

Actualmente, a pesar de que se desarrollan con éxito en el mundo del trabajo, las mujeres siguen soportando veladas (y no tanto) discriminaciones cotidianas en la división sexual del trabajo, los niveles salariales y las oportunidades de ascenso laboral. En *La tercera mujer*, Lipovetsky (2003) profetizó que sería el poder económico, y no el político, el último al cual accederían las mujeres. En Argentina hoy gobierna una presidenta y, gracias a la ley de cupo, cerca del 40 por ciento de las bancas del Congreso están ocupadas por mujeres. Sin embargo, los altos mandos corporativos siguen casi exclusivamente en manos de varones. No se trata de falta de preparación para los puestos: en Argentina las mujeres representan el 60% de los egresados universitarios. Sin embargo, las mujeres que no estén dispuestas a reducir su presencia en sus asuntos familiares y domésticos, estarán en inferioridad de condiciones a la hora de competir con sus colegas varones, que culturalmente tienen menos presiones en esa dirección. De hecho la maternidad (o su mera posibilidad) no colabora con la promoción de las mujeres en el mundo laboral –y no son pocos los casos de despido y rescisiones de contratos por embarazo, a pesar de su ilegalidad- dado que las empresas suponen que los puestos de responsabilidad estarán mejor representados por varones, que no asumen esta “doble carga”. El presupuesto es que las mujeres dedican a sus familias más energías, tiempo y libido que sus pares varones. También en los ámbitos académicos son pocas las mujeres que acceden a los puestos de mayor reconocimiento (profesores e investigadores titulares): la carrera académica, que se inicia generalmente alrededor de los 30 años, coincide con la etapa del ciclo vital en la cual las mujeres de los sectores medios suelen plantearse ser madres¹.

La ayuda de otras mujeres en el cuidado de sus hijos es sumamente valorada por las mujeres profesionales, tanto las que trabajan en su casa como las que lo hacen fuera de ella. Se trata de mujeres asalariadas que cumplen un horario fijo y en general llevan a cabo tareas domésticas, además de encargarse del cuidado de los niños. En el caso de

¹ En el trienio 2007/2009 la edad promedio de las mujeres que tuvieron hijos fue 29,7 años. (Estadística y Censos, CABA, 2010)

las profesiones vinculadas a una vocación artística o a tareas creativas y/o intelectuales, el hecho de que la maternidad quite tiempo para su desarrollo no sólo tiene resultados negativos derivados de las presiones del mundo laboral, sino que también puede generar insatisfacciones a nivel personal. De las entrevistas realizadas surge que sobre todo las madres que solían trabajar en sus domicilios, optan por trabajar fuera de él –en una oficina o departamento alquilado o compartido, en bares con computadoras portátiles– ya que les resulta imposible concentrarse en el trabajo dentro del ámbito doméstico, un espacio que hasta la llegada de los hijos sí les había servido a tal fin. Si permanecen en su casa, aunque cuenten con ayuda de terceros, dicen no poder “desenchufarse” de lo que les pasa a sus hijos, cosa que sí logran afuera. Sin embargo, no siempre las familias de clase media cuentan con los recursos económicos necesarios para contratar el servicio de niñeras con un horario fijo o con el dinero para alquilar espacios de trabajo fuera de la casa. En algunos casos, son las abuelas quienes se encargan de sus nietos, ocupándose de ellos en días y horarios determinados, y en los casos de parejas que no cuentan con dicha ayuda familiar suele darse una mayor negociación entre ellos, no exenta de conflictos, para ocuparse alternativamente del cuidado de los hijos.

“Con mi marido casi no nos vemos porque para que podamos dormir tuvimos que hacer un cronograma de horarios. Hicimos dos turnos de 6 horas para cada uno, por suerte los dos trabajamos en casa, así que podemos armarlo así. Nuestra hija todavía es bebé y lamentablemente duerme muy poco y fue el modo que encontramos para no pelearnos por quién se ocupaba de la nena sin volvernos locos. La nena duerme dos horas y se despierta, duerme otras dos horas y vuelve a despertarse y dormir así para nosotros era una tortura. Así que si llora en el tiempo que le toca a él, se ocupa él, y si es en mi turno me encargo yo. Ya por suerte toma mamadera así que ahora nos arreglamos así. Es la manera que encontramos para poder dormir, por un lado, y trabajar, por el otro. Cada uno sale de casa en el horario en que al otro le toca estar con la nena y volvemos a reemplazar al otro”. (E22)

En este ejemplo, la igualdad en la división del trabajo está planteada al modo de una “jornada laboral” de igual duración para ambos miembros de la pareja. En materia de tiempo, padre y madre se ocupan de su hija “por igual”, de modo que la lógica de la “maternidad intensiva” también se aplica a una “paternidad intensiva” en este caso, sin ayuda de terceros. En los casos en los que alguno o ambos miembros de la pareja trabajan fuera del hogar, la situación es más dispar, y aunque las guarderías y establecimientos escolares resuelven buena parte del tiempo que los padres dedican a sus respectivos trabajos, las mujeres continúan teniendo un vínculo más próximo a las cuestiones que implican el cuidado del hogar. “Es cierto que el rol de los “nuevos” padres ha cambiado de forma sustancial en relación al modelo de padre tradicional, ausente y autoritario. Los padres se aproximan cada vez más al rol afectivo de la madre en todo aquello que hace referencia a la paternidad. Pero parece ser que los “nuevos” padres han asumido sólo la parte más “dulce”, e incluso “lúdica”, del trabajo reproductivo: el cuidado de los hijos. En especial, todo aquello que implica compartir con ellos el máximo tiempo posible siempre y cuando no estén en el trabajo (traerlos y recogerlos a la escuela, compartir ratos de juego...). Pero el trabajo doméstico y familiar tiene muchas otras dimensiones, intensivas en tiempos e ineludibles, sin las cuales la reproducción social de los hijos no es posible: desde la infraestructura del hogar (cocinar, lavar, limpiar), hasta toda la tarea de planificación y gestión diaria”. (Solé y Parella, 2004: 83).

Las nuevas paternidades dan cuenta de un cambio cultural sin precedentes en relación al cuidado de los hijos por parte de los varones. De hecho, estos nuevos padres más afectivos y pendientes de sus hijos han dado lugar al surgimiento de un nuevo género literario llamado *dal lit* (literatura para padres)². A diferencia de sus propios padres que solían llegar tarde del trabajo, ellos deciden dedicar más tiempo a sus hijos e

² El género *dadlit*, popularizado en EEUU, cuenta con autores de la talla del escritor Michael Chabon y los periodistas Michael Lewis y Neal Pollack, cuyos libros narran con humor sus experiencias como padres. También está Philip Lerman, autor de *Dadditude*, neologismo que describe la actitud propia de los nuevos padres *full time*. En la Argentina el escritor Marcelo Birmajer contó los sinsabores de la paternidad en *Me gustaba más cuando era hijo* y varios blogs se dedican en detalle a las nuevas costumbres paternas. Como muestra del cambio cultural incipiente que busca resignificar el rol del padre, el documental *Evolution of Dad* recoge testimonios de hombres que han dejado de lado obligaciones laborales para dedicarse a la crianza de sus hijos.

incluso soportar algunas críticas por innovar en un terreno que aún hoy muchos suponen exclusivamente femenino. No obstante, en Argentina los varones no gozan de licencias por paternidad (apenas tienen unos días de gracia posteriores al parto³) y las mujeres cuyas parejas trabajan en relación de dependencia deben procurar la ayuda de terceros (sus propias madres o suegras en caso de tenerlas y de que puedan colaborar en las tareas domésticas o de cuidado) o de trabajadoras pagas. Cuando éstas mujeres regresan a sus trabajos, necesariamente deben compartir o suplir con otras personas la crianza de sus hijos.

“Nosotros lo que hicimos fue alquilar un departamento de un ambiente justo acá enfrente de casa, tuvimos mucha suerte de encontrarlo. Como mis papás viven a 100 kms. de Buenos Aires, mi mamá va a vivir ahí durante la semana y va a volver con mi viejo los fines de semana. Ella lo sugirió, así cuando yo vuelvo al diario ella está con la nena y la verdad que me viene bárbaro porque me quedo re tranquila de que se quede con mi vieja. Además ella está encantada, creo que quiere ejercer de abuela, porque cuando mi hermana mayor fue madre hace 10 años ya, ella estaba viviendo en Córdoba y entonces no pudo estar muy presente. Y ahora que puede quiere estar, así que me va a dar una ayuda bárbara”. (E9)

No obstante, también hay mujeres que optan por resignar (en parte o en todo) su vida profesional en pos del ejercicio de su maternidad. Seguir el modelo de la presencia a tiempo completo les genera menos incomodidades y contradicciones que la culpa que les supone intentar conciliar la crianza con el trabajo y entonces optan por “suspender” sus actividades laborales por tiempo indefinido, con la esperanza de que en algún momento vuelvan a ser compatibles. En algunos casos, no se trata de actividades que les reportaran demasiadas satisfacciones a nivel individual por fuera del salario y si sus

³ La ley laboral vigente establece que la licencia por paternidad es de dos días, pero difiere según se trabaje en el Estado o en empresas privadas.

parejas tienen un buen ingreso, deciden de común acuerdo que ellas dejen de trabajar para ocuparse de sus hijos. Otras sencillamente se sienten sobrepasadas por las exigencias de la maternidad y, sin poder renunciar a ellas, eligen renunciar al trabajo, con la expectativa de que se trate de una suerte de año sabático que les permita reacomodar sus rutinas más adelante.

“Cuando volví a trabajar después de mi primer embarazo la verdad que no tenía ningunas ganas de volver, prefería quedarme en casa, la nena tenía sólo 3 meses y me parecía muy chiquita para dejarla sola, aunque por suerte después pude dejarla en manos de otra persona sin problemas y me reenganché con el trabajo. Pero cuando tuve a mi segundo hijo ya habíamos decidido que iba a dejar de trabajar. Con dos la cosa se complicaba, había que ir a buscar a uno, llevar a la otra, estar pendiente de dos ya no es lo mismo, así que nos pareció lo mejor”. (E7)

“Ahora voy a suspender los trabajos, la verdad que no puedo ocuparme de las dos cosas bien. Las últimas entregas que hice no estaban a la altura de los trabajos que yo puedo hacer y la verdad que prefiero no trabajar así, porque me siento en la computadora y ya escucho “mamá” y es la nena que me llama. Todavía está en una edad muy demandante, que mamá vení, que mamá mirame, que mamá alcanzame, y a mí me dan ganas de estar con ella, crece muy rápido y creo que éste es el momento para estar y disfrutarla, después ya veré”. (E 18)

Ninguno de sus maridos sopesó la posibilidad de tomar para sí dicha opción. Para ellos la vida profesional es un imponderable que la descendencia no viene a poner en duda. Por el contrario, según el mandato tradicional de la socialización diferencial de género, la paternidad incluso puede reforzar en los varones la idea de que deben encarnar el lugar del padre-marido-proveedor, con lo cual intensifican sus responsabilidades laborales. “Si el lugar preeminente de las mujeres en los roles familiares se mantiene, no es sólo en razón de las presiones culturales y las actitudes

irresponsables masculinas, sino también en razón de las dimensiones de sentido, de poder, de autonomía que acompañan a las funciones maternas” (Lipovetsky, 1999: 235). Para Lipovetsky, el hecho de haber sido socializadas en la “ética del cuidado” (o, en otros términos, “entrenadas” socialmente para llevar a cabo el “trabajo afectivo”⁴), hace que muchas mujeres creen que ellas cumplen mejor que sus parejas las tareas relacionadas con la casa y los hijos y, mientras demandan una distribución igualitaria de las labores, las sigan asumiendo en mayor medida, sin dejar que sus compañeros ocupen mayores espacios. “Siendo la procreación natural, imaginamos que al fenómeno biológico y fisiológico de la gravidez debe corresponderle determinada actitud maternal. (...) La procreación no tendría sentido si la madre no completase su obra asegurando, hasta el fin, la supervivencia del feto y la transformación del embrión en un individuo acabado. Esa convicción es corroborada por el uso ambiguo del concepto de maternidad que remite al mismo tiempo a un estado fisiológico momentáneo, el embarazo, y a una acción de largo plazo: el maternaje y la educación. La función materna, llevada a su límite extremo, sólo terminaría cuando la madre haya, finalmente, dado a luz un adulto”. (Badinter, 1985: 35)

En relación a la maternidad/paternidad el espacio familiar funciona también como espacio de tomas de posición, tanto para las mujeres como para los varones, quienes en la actualidad suelen negociar y llegar a acuerdos en relación con las tareas a realizar, los espacios laborales a ocupar, en suma, la división del trabajo (y delegación del mismo en terceros cuando el presupuesto común lo permite). En caso de tener que resignar un salario, es más común que sea la mujer quien opte por dedicarse a la crianza, al menos durante los primeros años, descuidando la esfera económica o, al menos, abandonándola provisoriamente. Esto hace que muchas mujeres sientan que han perdido no sólo poder económico (ya que en estos casos se quedan sin ingresos propios) sino poder decisional al interior de la pareja. Para mujeres acostumbradas a contar con

⁴ El trabajo afectivo es el que “produce o manipula afectos, como las sensaciones gratas o de bienestar, la satisfacción, la exaltación o la pasión. (...) El trabajo que interviene en toda producción inmaterial, subrayémoslo una vez más, sigue siendo material; involucra nuestros cuerpos y mentes, igual que cualquier otra clase de trabajo. Lo que es inmaterial es su *producto*. (...) las demonimadas tradicionalmente “labores femeninas”, en particular el trabajo reproductivo en el hogar (...) es también un ejemplo de trabajo afectivo, es decir, un caso de producción inmaterial (...) (Hardt y Negri, 2004: 136-139).

ingresos producto de sus trabajos rentados, resignar dicha posición resulta, si no angustiioso, al menos incómodo. Muchas mujeres temen “descansar” en el rol de “mantenidas” que las sitúa en un vínculo de mayor dependencia (en este caso económica) de sus maridos, precisamente cuando más dependientes se sienten en general de los imperativos que plantean los bebés y los niños, con sus necesidades varias. Esto influye en el desarrollo profesional y económico de las mujeres, pero a su vez es una elección sólo para aquellas que pueden permitírselo. Las jefas de hogar o aquellas mujeres cuyos salarios resultan indispensables para el sostenimiento de la economía familiar conservan sus trabajos sin interrogarse por otras posibilidades al respecto. Asimismo, las identidades de género, moldeadas según patrones de conducta esperables para varones y mujeres, se encuentran condicionadas por el tipo de profesión que unos y otras desempeñen y por los papeles que desarrollen incluso al interior del mismo campo profesional, donde es más común que las mujeres desempeñen trabajos de tiempo parcial o de menor carga horaria que los varones. “El trabajo a tiempo parcial puede ser más satisfactorio que el de tiempo completo pero esto puede deberse a que la mayoría se encuentra en manos de mujeres que tienen menores expectativas que el hombre en cuanto a progreso en sus carreras”. (Panaia y Knecher, 1994: 37)

Palabras finales

Aunque los logros económicos y profesionales de las mujeres de los sectores medios que habitan en la Ciudad de Buenos Aires han dado por tierra al modelo tradicional de género de “marido proveedor y mujer que se encarga de la casa exclusivamente”, aún no se ha logrado una relación igualitaria entre hombres y mujeres en lo que respecta a la dedicación a los hijos. A pesar de que los roles tradicionales de maternidad y paternidad, antes estancos para mujeres y varones, se han modificado volviéndose menos imperativos para unos y otras, socialmente se sigue esperando “más” de las madres en relación a la crianza de los hijos. Una suerte de *plus* de atención (efectiva, afectiva y libidinal) por parte de las madres.

Si bien las mujeres no construyen hoy su identidad sólo a partir de las funciones de madre y esposa, siguen manteniendo una *relación privilegiada* con las tareas del

hogar, y, en especial, con el cuidado de los hijos (Lipovetsky, 1999). Actualmente, en los sectores medios, las familias con dos ingresos son las más habituales (un modelo que ya tiene como antecedente algunas generaciones) pero sin embargo las tareas domésticas (y, más ampliamente, lo que Negri y Hardt designaron como “trabajo afectivo”) siguen recayendo en mayor medida en las mujeres, quienes a su vez, en las economías que así lo permiten, delegan en otras mujeres asalariadas ciertas cuestiones de la casa y de los hijos, lo cual les permite desligarse de algunas tareas vinculadas a la esfera doméstica.

En cualquier caso, las presiones que la maternidad y su “buen” ejercicio generan en las mujeres con carreras vocacionales, son el resultado de nuevos modelos posibles para las mujeres (en los cuales el ejercicio profesional puede ser una fuente valorada de satisfacciones tanto a nivel material como simbólico) y la permanencia de modelos tradicionales que aún entran en contradicción. El modelo de la madre a tiempo completo y de la paternidad proveedora, aunque son actualmente cuestionados, especialmente por las parejas jóvenes (con padres más dedicados a la crianza y madres que no quieren renunciar a sus carreras profesionales) todavía operan en los imaginarios sociales, generando contradicciones aún no saldadas. //

Bibliografía citada

- **Badinter, É.** (1985). *Um amor conquistado. O mito do amor materno*. Río de Janeiro: Nova Fronteira.
- **Bauman, Z.** (2005): *Amor líquido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- **Birgin, H.** (1991). “Los derechos reproductivos en la reforma constitucional”. En Torrado, S. (comp.) *Política y población en la Argentina. Claves para el debate*. Buenos Aires: De la Flor.
- **Dirección General de Estadística y Censos** (2010) *Fecundidad en la Ciudad de Buenos Aires (1990- 2009)*. Informe de resultados 426. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.

- **Hard, M.; Negri, A.** (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Buenos Aires: Debate.
- **Lipovetsky, G.** (1999) *La tercera mujer*. Barcelona: Anagrama
- _____ (2003) *El imperio de lo efimero*. Barcelona: Anagrama
- **Knecher, L.; Panaia, M.** (comp.) (1994). *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- **Solé, C.; Parella, S.** (2004). “Nuevas expresiones de la maternidad. Las madres con carreras profesionales exitosas”. En *Revista Española de Sociología*, nr. 4. Madrid: Federación española de Sociología.